



OCCIDENTACION

Quando escribimos estas líneas, hoy 26 de enero de este año de gracia — ¿o de desgracia? — de 1921, por la tarde sigue sigue el lío del último entreacto de esta crisis del régimen que se acentuó al empezar el mes de junio de 1917. Todos hablan de desorientación. Y lo que llaman desorientación no es más que occidentación. O como ha dicho el algebraico Maura, «declive». Es la bajada al ocaso. Pero para que salga el sol mañana es menester que se ponga hoy.

El poder público responsable, que en junio de 1917 fué impotente para dominar el desorden, para reducir la anormalidad, y que vive desde entonces en el retablo de Maese Pedro, manejado tras la cortina por el poder irresponsable y clandestino, el poder público responsable no ha podido con unos funcionarios públicos civiles. Y es natural. No pudo antaño con otros, no va a poder hogaño con éstos.

Sería mejor, ¡claro está!, que el poder público responsable pudiera y supiera y quisiera someter a disciplina a todos los funcionarios públicos, pero a todos, ¿eh?, a todos, desde el primero al último, inermes o no. Mas como el poder público responsable o no puede o no sabe o no quiere someter a disciplina a todos los funcionarios públicos, a todos, desde el primero al último, inermes o no, ¿cómo no va a rodar España por el quo llama declive Maura?

¡Someter a disciplina!... ¡Pero esta disciplina no es la que por antonomasia se llama así, no! La disciplina a que hay que someter a todos los funcionarios públicos, desde el primero al último, inermes o no, es la disciplina de la justicia y no la de ese orden que no pasa de ser ordenancismo, de ese «orden actual» del que le ha declarado perturbador al que esto escribe la Dirección de Seguridad y Vigilancia de esta ciudad de Salamanca. Vigilancia que por cierto no se conoce que vigile muy bien ciertos artículos donde se perturba el diario orden de la justicia. Y donde

peligra algo más sagrado que lo que puede poner en peligro el «elemento peligroso» — así declarado en la misma certificación policíaca — que traza estas líneas.

«¡Es un callejón sin salida!» — oímos decir. — Y replicamos: «Es el ocaso.» El ocaso del poder perturbador del orden de la justicia, del poder verdaderamente perturbador y peligroso, o el ocaso de España como nación civil y civilizada. De esta España de la que decía no ha mucho la «Saturday Review», la centenaria revista conservadora inglesa, que es el último despotismo que en Europa queda. El último no, sin duda; hay otros — Rusia entre ellos, — pero uno tal sí que lo es.

¿Y por qué tiemblan tantos españoles ante este ocaso? ¿Por el ejemplo de Rusia acaso. De Rusia, que del despotismo zarista ha pasado al despotismo bolchevista. Y temen que aquí se pase de un despotismo al otro. Y despotismo por despotismo se quedan con el que conocen. «Más vale mal conocido que bien por conocer» — dicen esos hombres de ninguna fe.

¡Pero les decimos que no, que no, que no y que no! Les decimos que esta podredumbre no puede durar, que es cien veces mejor el salto en las tinieblas.

«Pero si no hay nada organizado frente a esto...» — se nos dice. — ¿Y es que «esto», lo que llaman así, «esto», se halla organizado? ¿Es que el orden actual, que el que esto escribe perturba — ¡y a mucha honra! — es orden de verdad, es orden de justicia? A lo sumo será el orden de un presidio. O el de un garito.

Pero como en la Rusia zarista en vísperas del estallido hay quienes se entretienen y se divierten y juegan. Juegan en doble sentido. Y juegan con fuego. Y juegan con el pueblo.

¿Declive, señor Maura? ¡Declive no, sino ocaso! Ocaso, ocaso y rápido. Y acaso en nubes, en nubarrones sanguinolentos. ¿Y luego?

Mas no temáis a la noche. Habrá tal vez luna llena. Y de todos modos volverá a salir el sol, otro sol. ¡Quiera Dios que un sol de justicia! Aunque abrase los campos. Porque hay campos que necesitan ser abrasados.

¿Desorientación? No, sino occidentación. Esos políticos que se dicen desorientados saben perfectamente adónde va todo esto, saben el declive — derrumbadero más bien — por que va rodando España. Y porque lo saben y porque son de una cobardía civil inefable es por lo que no se atreven a cargar con el poder público responsable y a intentar desde él someter a disciplina de justicia a todos los funcionarios públicos, a todos, desde el primero al último, inermes o no.

¿Crisis? Sí, pero del régimen, del despótico régimen de clandestinidad, del clandestino régimen de despotismo.

Miguel de UNAMUNO.